

La fuerza republicana, que no pasaba de 150 hombres, en su mayor parte de infantería, se situó en la vertiente de la montaña opuesta, en toda su extensión, casi hasta llegar á la planicie que se prolonga hasta la playa del mar, é hizo que se adelantara, como de avanzada un piquete de soldados que se colocó entre los manglares de la ribera para no ser descubierto, quedando la caballería en ambos flancos dispuesta para cerrar el camino cuando llegara el caso.

Serían las ocho de la mañana cuando la caballería enemiga llegó al "Estero," á la sazón que lo verificaban las cañoneras "Foudre" y "Tonerre," y que se presentaban para proteger el paso: una vez á la altura del desfiladero, rompieron un fuego de cañón sobre la montaña donde para engañar al enemigo flameaba la bandera mexicana.

Una fuerza de infantería de marina hizo su desembarco, incendiando desde luego una casucha que encontró á mano; la caballería lo hizo en seguida en las falúas de las cañoneras aludidas; y ya en tierra firme, la fuerza de ataque emprendió el paso del terrible desfiladero que tenía al frente, y que era la llave de la posición.

El jefe republicano mandó entonces dar el toque de "arriba y fuego," y levantándose la tropa, que estaba pecho á tierra, rompió aquél, y llena de brío se lanzó sobre los contrarios, que desconcertados por la sorpresa huyeron en todas direcciones, aumentando la confusión y el desorden la carga que dió en esos momentos la reserva liberal, y que hizo que aquella gente, presa del pánico, corriera hacia el punto de partida, en medio de gritos de espanto y ayes de desesperación.

Las cañoneras ningún auxilio pudieron prestar á los fugitivos, contentándose con bombardear las montañas, aunque estérilmente; y entonces, hombres y caballos formando una masa desordenada, se removían sobre el terreno, y algunos de los primeros sin esperar la llegada de las falúas se lanzaban al profundo río para cruzarlo á nado, y llegar á las salvadoras naves; pero éste los sepultaba en sus turbulentas ondas, después de una espantosa agonía.

La derrota fué completa, viéndose el campo regado de cadáveres y de heridos, y vagando algunos caballos: una sección al mando del comandante Güido, levantó el campo, recogiendo muchos despojos, especialmente en armas; y esta acción, conocida con el nombre de "Acción del Mediadero," la primera que se daba en territorio de Sotavento, debía ser de gran trascendencia para lo futuro, como lo patentizaron

los acontecimientos subsiguientes, pues reanimado el espíritu público bajo la influencia del sentimiento patriótico, se resolvió continuar la lucha sin descanso, hasta arrojar del país al ominoso opresor extranjero.

Firmes en estas creencias, llegó el 4 de Mayo, víspera del primer aniversario de la derrota de los franceses en Puebla: era Gobernador y Comandante Militar del Estado de Veracruz el Coronel Don Francisco de P. Milán, quien, al frente de una brigada mandada por el General Don Mariano Camacho, emprendía una marcha á la costa de Sotavento.

A las seis de la mañana, una sección de exploradores á las órdenes del teniente Don Anastasio Jiménez abrió la marcha, y entre ocho y nueve de la misma notó una ligera polvareda, producida por una fuerza enemiga perteneciente al 2º batallón de la "Legión Extranjera," que se dirigía á Córdoba.

Los dragones hicieron alto, rompiendo el fuego desde luego, aunque sin apresurarse, temerosos de que aquella tropa fuera sólo una simple descubierta; por su parte, el enemigo retrocedió lentamente, batiéndose en retirada hasta ampararse de un caserón de mampostería que encontró á mano, y en el que se refugió.

Poco antes de la una del día, llegó al campo de la refriega el Gobernador con su Estado Mayor y los Jefes Camacho y Talavera, y la fuerza expedicionaria que constaba de dos compañías del batallón de infantería Guardia Nacional de Veracruz; de dos piquetes del "Izote" y de "Córdoba," y del batallón de milicianos de Jalapa, al mando del Teniente Coronel Don Ismael Terán.

Comenzó desde luego el combate con un encarnizamiento inusitado: los franceses se parapetaron convenientemente, desempedrando el patio y piso de la casa, y haciendo con la piedra un muro formidable, tras de la puerta del zaguán y de una ventana, y además, aspillaron las paredes, formando de aquel edificio, situado en medio del campo y libre de obstáculos, una verdadera fortaleza, que les permitía hacer fuego por todas partes, quintuplicando sus fuerzas.

A las dos de la tarde avanzaron las columnas á paso de carga, por derecha é izquierda, á retaguardia, con el fin de rebasar la posición, y concentrar el ataque sobre el único punto que se juzgó accesible, el frente del edificio: la muerte comenzó á hacer numerosas víctimas,

especialmente entre los asaltantes, pues además de que los franceses se batían con desesperación, casi todos sus tiros eran aprovechados, por la ventaja que les daba la posición al disparar contra un enemigo que se presentaba á pecho descubierto, y en una vasta extensión demasiado peligrosa.

Serían las cuatro de la tarde, cuando después de inauditos esfuerzos se logró forzar la puerta del zaguán, y embestir la trinchera de piedras que vomitaba un torrente de fuego: todo cedió al esfuerzo potente de los asaltantes, quienes, aún estando ya dentro de la casa, tuvieron que sostener todavía un combate sangriento y obstinado, en medio del humo denso producido por las armas al disparar.

En el interior del caserón el espectáculo era horroroso á la vez que conmovedor: franceses y mexicanos yacían tendidos por el suelo, confundidos unos con otros, durmiendo el sueño de la muerte que se habían prodigado con furor, y víctimas inocentes de la ambición criminal del déspota de las Tullerías.

Se pasó lista y más de cuarenta soldados republicanos no respondieron á la voz de sus oficiales; de éstos murieron, el jefe del Estado Mayor, los capitanes Escobar y Güido, el alférez Don Rafael Redondo, el ayudante Rojas, el teniente Don Vicente Güido, y ya al finalizar la pelea, el Teniente Coronel Ayala.

Tal fué el hecho de armas conocido con el nombre de "Acción del Camarón," respecto del cual se han hecho diversas apreciaciones, especialmente por parte de los franceses, que exagerándolas á su modo quisieron sacar consecuencias desfavorables para los soldados de la República, fundándose en la superioridad numérica de los vencedores respecto de los vencidos; ventaja que quedó equilibrada, en nuestro concepto, con la posición brillante de los asaltados, convertida en una especie de baluarte; con su valor y disciplina, proverbiales en el ejército francés, y con la superioridad de sus armas, que abrieron anchas brechas entre sus enemigos, que por más de una hora estuvieron recibiendo tiros certeros y precisos.

Después del combate del "Mediadero," el Coronel Lazcano, hombre perspícaz é inteligente, no podía perder la oportunidad de sacar en provecho de la patria todo el partido que se pudiera; á este fin, y entre otros resultados, se obtuvo el establecimiento de un campamento llamado del "Conejo," que sirviendo de punto avanzado, impidiese el

paso al enemigo que viniese de Alvarado, ó cuando menos hacérselo costoso, y quedó situado en la mesa de la montaña, á más de ocho millas de Tlacotalpam.

La inauguración de ese campo atrincherado tuvo verificativo al empezar el año de 1863, mediante una fiesta suntuosa, en la que tuvo una participación muy activa el bello sexo de la perla del Papaloámpam y el de San Andrés Tuxtla; y habiendo pasado poco más de un año, fué atacado vigorosamente el 9 de Julio de 1865, por la escuadrilla de Alvarado, reforzada con 2 buques y un bote-correo de vapor, conduciendo á bordo 300 soldados egipcios, á la vez que por tierra llegaba el coronel imperialista Figuerero con la caballería que mandaba.

En el campamento en cuestión, que iba á ser bombardeado por el río y atacado por tierra, sólo existían dos compañías del "2º Activo," algunos guardias nacionales de Tlacotalpam, la batería de artillería que mandaba el ayudante Redondo, y alguna poca caballería de los alrededores: la expedición franco-traidora emprendió sus operaciones la mañana del referido día, y mientras las cañoneras llegaban, Marchal y Figuerero con sus gentes atravesaban el río en Alvarado, desembarcando al pie del "Alto Limón," y seguían su marcha por la playa del mar.

Pero antes de empezar la campaña, el jefe francés quiso ver si por la vía diplomática podía arreglar la cuestión, dirigiendo para el efecto una carta bastante lacónica al General García, en la que lo invitaba á reconocer el Imperio, con todos los jefes, oficiales y tropa de su división, ofreciendo en recompensa la protección del Monarca y el ascenso inmediato como premio á la traición. Excusado nos parece el decir, que una negativa enérgica y patriótica fué la digna respuesta á tan despreciables tentativas.

Fracasadas las negociaciones, como tenía que suceder, por tratarse de mexicanos dignos, leales defensores de la causa nacional, el jefe republicano que mandaba en "Conejo," salió con la mitad de sus tro-

1. Prisionero en Puebla y prófugo en Orizaba, el General Don Alejandro García llegó á Tlacotalpam á conferenciar con el Gobernador y Comandante Militar Milán, quien le confirió el mando de la costa de Sotavento, en sustitución del distinguido coronel D. Mariano Lazcano, que se retiró del servicio militar en razón de sus enfermedades, y que entregó el mando en la segunda quincena de Julio de 1863.

pas hasta las primeras colinas que sirven de contrafuertes á la montaña: el enemigo tocó parlamento, y aprovechándose de esta circunstancia el mencionado Figuerero, desleal y pérfido, hizo practicar á su caballería un movimiento envolvente á retaguardia de los republicanos, de una manera astuta y sigilosa, protegiendo así á la infantería egipcia que por la izquierda de la posición, y con Maréchal á la cabeza, avanzaba hacia las colinas abandonadas. El Teniente Coronel Díaz Lagos que advirtió, aunque tarde, el movimiento traidor, quiso prevenirlo dando por terminado el parlamento, de que se habían desentendido por completo los invasores; pero ya no era tiempo: los liberales se encontraban encerrados en un círculo de hierro, y cortados por los egipcios, que al momento rompieron sobre aquellos un fuego nutrido y mortífero.

No pudiendo resistir, Díaz Lagos ordenó la retirada, salvándose lo poco que se pudo y poniendo fuego al campamento, cuyos defensores aprovecharon el poco tiempo que les quedaba para ausentarse, y evitar de ese modo el ser batidos en la misma montaña, sin esperanza ninguna de salvación.

Como consecuencia de la derrota, fué ocupada por el enemigo triunfante la plaza de Tlacotalpam, al día siguiente, ó sea el 10, retirándose los republicanos bastante debilitados, á la Hacienda de San Gerónimo, donde su dueño, tan patriota como desinteresado, había dispuesto lo necesario para la mejor recepción. Contábase con una fuerza como de unos 250 hombres, y desde ese momento un solo pensamiento dominó en todos, desde el General en Jefe hasta el último soldado: el de recobrar á Tlacotalpam.

Esta población tan floreciente y pintoresca, cuyos habitantes se distinguen por su franqueza, amabilidad y cultura, sufría los horrores de la invasión, pues incendiado el campamento de "Conejo," y no quedando allí nada que pudiera satisfacer los instintos sanguinarios ni la fiebre de rapiña que devoraba á sus nuevos é improvisados señores, éstos hicieron de ella su prenda codiciada y por ende, la víctima expiatoria del patriotismo y la libertad.

Maréchal, representante y fiel intérprete de la cultura francesa, y por lo tanto digno émulo de Dupin, de De Potier, de Castagny y de Berthelin, en un castellano macarrónico é ininteligible, publicó una proclama llena de amenazas é insultos contra los mexicanos que de-

fendían la Independencia de su patria,<sup>1</sup> y él y sus bárbaras chusmas, verdaderas hordas africanas, se entregaron á un cúmulo de excesos, de atentados y crímenes que la pluma se resiste á describir, y que llenaron de consternación y luto á aquella población infortunada, durante el mes y dos días que por segunda vez se posesionaron de ella.

Esos actos vandálicos exacerbaron el espíritu público, de una manera indecible; y el General García que mandaba en Jefe, según lo llevamos dicho, hizo una viva pintura de ellos por medio de una interesante circular que dirigió á las autoridades políticas de la línea de Sotavento,<sup>2</sup> á la vez que convocaba una junta de guerra para discutir

<sup>1</sup> De ese nauseabundo documento, y como una muestra de la *corrección y moralidad* que entrañaba, copiamos los siguientes párrafos:

".....La finca del Sr. Lara estaba atrincherada, habían construido reductos con palizadas por todas partes, y con todo, no han combatido. Hé mandado quemar todo el caserío que servía de cuarteles á los soldados de García, y si dentro de ocho días el Sr. Lara no se haya presentado en persona en Tlacotalpam, y no vuelve á residir sobre su finca en medio de sus operarios, mandaré destruir la casa principal. Este señor que se fué esta mañana con los liberales merecía tal castigo; mas me repugnó destruir tan rica finca; sin embargo, no ha de escapar de aquí en adelante si sirve de madriguero al enemigo.

"Os propongo, además, que trataré del mismo modo que lo he hecho hasta hoy toda casa en que se hallen efectos pertenecientes al ejército francés.

"Por último, y como es harto tiempo que cesen tales excesos, convido á unirse con nosotros ó á declararse en contra: en el campo de batalla es donde se ha de decidir por parte de quién está el derecho.

"Tlacotalpam, á 29 de Julio de 1864.—El comandante superior de Veracruz.—*H. Maréchal.*"

<sup>2</sup> Hé aquí esa Circular:

"Ayer han cometido los franceses invasores uno de los hechos más bárbaros que puede registrar la historia.

"A mansalva se acercaron á nuestro campamento de San Gerónimo en uno de sus vapores de guerra, parapetados detrás de sus cañones rayados. Nuestras fuerzas, esas mismísimas fuerzas de las que una mínima parte los derrotó el día 14 en el "Puente García," por evitar las desgracias que pudieran ocurrir en dicha hacienda, se retiraron á esperarlas á un punto conveniente, fuera del alcance de su artillería; pero los franceses, protegidos siempre por ella, saltaron á tierra, y lejos de procurar el combate se entregaron al más vergonzoso y criminal saqueo, incendiando después la mencionada hacienda; y siguieron luego, tea en mano, por toda la orilla izquierda del río, custodiados siempre por el vapor, robando cuanto había en las valiosas fincas del lugar, y reduciéndolas á cenizas en medio del más impune y vandálico regocijo.

"Todas las fincas de azúcar y de aguardiente, todos los cañaverales y habitaciones de que estaba cubierta la orilla del río en más de una legua de extensión, fueron consumidas por las llamas; y sus dueños, hombres pacíficos y laboriosos, que habían logrado á fuerza del trabajo de muchos años proporcionar un adelanto á la industria del país y una decente co-